

Ofreció á su amigo darle una prueba de amor. Y quería darsela.

¡Pero si hubiera muerto! ¿Y si la hubiera olvidado? ¿Quién puede calcular los sentimientos del hombre?

¡Con qué alegría hubiera sabido su salvación! ¡Con qué dicha hubiera acogido su regreso, escuchado sus protestas de amor como otras veces! ¡Qué poco le hubiera costado luego llevar á cabo su sacrificio!

Pero sucediera lo que sucediera, estaba decidida á todo.

Nada podía hacerla variar de resolución. Se lo había jurado á sí misma.

Se casaría con el marqués de Tannay, mas no sería suya.

Llevaría á efecto su juramento con la fría é implacable tenacidad de una corsa; no en balde corría esta sangre por sus venas!

La sombra que creyó ver se iba aproximando. Solange se puso á escuchar.

Un hombre se acercaba con precipitado paso en dirección á la casa del guarda.

En seguida salvó la esquina de la tapia y abrió la valla del patinillo.

Al verle, Solange lanzó un grito y tuvo que apoyarse contra la puerta para no caer desfallecida.

—¡Vos!—exclamó.

XIV

Era Román Tremor, á quien ella creía herido, prisionero, perdido, muerto probablemente.

Diríase que lo había olvidado todo, y encontraba, en la alegría del regreso, al que iba á ser su esposo, al hombre que la amaba y á quien ella adoraba.

El no dejaba de contemplarla.

—¡Qué hermosa estás—dijo,—pero qué pálida!

En efecto, toda la sangre de la pobre muchacha había afluido á su corazón.

Y tardó mucho tiempo en volver de su increíble sorpresa.

—Referidme todo lo que os ha sucedido—dijo al fin.

Entónces la explicó él cómo había caído prisionero en Metz, y cómo le llevaron á Baviera con su regimiento; que diferentes veces trataron de huir, mas sin poder conseguirlo; que al fin logró evadirse con los Souvray, que llegaban al mismo tiempo á Chevagnes, pero querían que se ignorara su regreso. Era preciso callarlo y no decir nada ni aun á Fargeas.

—¿Habéis visto á vuestro padre?—preguntó Solange.

Él debió ponerse encarnado hasta los ojos; mas la oscuridad que había en la casa impidió que ella lo notara.

Román balbució algunas excusas, sin saber qué decir.

—Mi primera visita es para tí—añadió al cabo con la familiaridad de otras veces.—He dado un rodeo por el bosque. Además, aun no es completamente de noche, y quiero que se ignore mi presencia en el Priorato.

Solange encendió las velas.

—¿Y á qué viene ese misterio?—preguntó ella tratando de adivinar lo que pensaba Román.

—Es una idea nuestra. Puedo confiártela. Soy soldado, puesto que senté plaza en cuanto comenzó la guerra, con los Souvray. Podrían llamarnos, y quiero estar aquí...

Titubeó. No se atrevía á terminar la frase.

—... El día de tu boda—concluyó diciendo con trabajo.

El se sentó, y tenía entre sus manos las de ella, que permanecía de pie.

Solange miraba á Román con tierna compasión, muy conmovida.

—¡Pobre Román!—exclamó.

—Me encuentras muy cambiado, ¿no es verdad? Es que hemos sufrido mucho. Sobre todo en nuestro orgullo. Lo demás no ha sido nada. ¡Es muy duro lo que sucede!... Te aseguro que allí todos se hubieran dejado matar sin exhalar una queja; con tal de salvar el honor de la patria. Hemos vuelto por Suiza. Daría la mitad de mi sangre, toda, si fuera preciso, con tal de poder tomar el desquite. A cada paso hemos encontrado en el

camino, pasado Dijon, patrullas de hulanos ó de dragones. Esta gente es muy osada. ¡Se necesita haber perdido toda energía para soportar que se atrevan á desafiarnos de ese modo! ¡Llegan á Autun, es decir, á nuestra casa! ¡Es una vergüenza! Esta mañana, siete de ellos quisieron detenernos. Nos tomaron por soldados, por espías, no ¡se porque, pues no entiendo el *patois* que hablaban. El mayor de los Souvray intentó parlamentar con ellos. El jefe, por toda respuesta, dió una orden á los otros. Estos sacaron las correas para atarnos codo con codo y llevarnos con ellos. Yo me hubiera dejado hacer pedazos antes que dejar de verte. Los Souvray entonces hicieron uso de los cuchillos de caza y de los revólvers que llevábamos bajo el paletó, y comenzó la lucha. Los otros poseían fusiles y sables. Esta escena ocurría en un rincón de los bosques de Champignoles. Podrán plantar allí una cruz; pero no será por nosotros, sino por los cinco que allí quedaron muertos. Los dos restantes fueron á llevar la noticia á sus camaradas.

—¿Habeis sido herido, Román?

—Sí, en Amauvilliers, cerca de Metz, al mismo tiempo que el señor Roberto. Un brazo atravesado por una bala, y lastimado el hombro. Tres semanas después ya estaba bien. No era el brazo ni el hombro lo que yo tenía enfermos, sino el corazón al pensar en tí. Lo que me mataba era el temor de no verte á ver. ¡Qué bonita eres! ¡Qué cuerpo! ¡Qué ojos! ¡Qué cabello tan hermoso

y qué sonrisa! ¿Será posible que te cases?

—¡Es preciso!

—¿Sigues en esa idea?

—Sí.

—¿Te llamarás la marquesa de Taunay-Coulanges?

—¡Ay!

—¿Dejarás esta pobre vivienda para ser la dueña de Chevagnes?

—¡Sin duda!

—E irás también al hotel de la avenida Matignon, y á los otros castillos de la familia, pues los tienen en todas partes, en Nevers, en el Berri, en la Beauce, en Normandía.

—¡Puesto que es necesario!

—¿Y es eso lo que soñábamos hace tres años, cuando formábamos nuestros proyectos á orillas de ese estanque, tan triste hoy y entonces tan alegre?

Ella bajó la cabeza y no contestó.

—¡No es con él! con quien has debido casarte, Solange! Tú no tenías tanta ambición. Tú hubieras sido feliz en el Priorato. Así me lo decías, y no sabías mentir.

—Bien lo sabeis.

—¡Ese hombre nos ha hecho demasiado daño! ¡Y vas á ser suya! Realizará su propósito, siguiendo el detestable camino que emprendió, mientras que yo moriré de pena, arrastrando lejos de aquí, ¡lejos de tí, mi rabia, mis celos, hasta volverme loco! ¡Y eso es justo! ¡Acabaré entonces por creer que no hay Dios!

—Román—dijo Solange gravemente,—¿os acordais de Cormeilles?

—Sí.

—¿Qué me ofrecisteis?

—Dejar que ese matrimonio se efectuara.

—¿Y yo, en cambio, qué os dije?

—Que me darías una gran prueba de amistad.

—¿De amistad? No; de amor, puesto que os amo, no lo oculto. Y os daré esa prueba con alegría. No falteis á vuestra promesa, que yo tampoco faltaré á la mía.

Solange ejercía irresistible ascendiente sobre él, puesto que no intentó saber qué entendía ella por esa prueba de amor, ni trató tampoco de combatir sus proyectos.

Quizá también tuviera él los suyos.

—Idos—repuso ella al cabo de un instante.—Mis padres no tardarán en volver, y vuestra presencia les causaría mucha pena.

Y como él no cesara de contemplarla, añadió, sonriendo tristemente:

—¡Eso fuera recordarles que no podemos ser dichosos como ellos deseaban que lo fuésemos!

El se levantó y se dispuso á salir.

—Dadme un beso, Solange,—repuso—y así tendré valor para obedeceros, porque, á la verdad, no sé si vivo ó muero al pensar en ese casamiento.

Ella le presentó la frente, en la cual él puso con timidez los labios. A hallarse Roman menos conmovido, hubiera podido contar los latidos del corazón de Solange.

No tuvo fuerzas para pronunciar ni una sola palabra. Solange sintió al mismo tiempo que el beso, dos lágrimas que Roman le dejó en la frente.

Entonces ella le sujetó del brazo, sin valor para separarse de él, y le acompañó un rato, como en aquellos felices días en que paseaban hablando del porvenir.

Y también esta vez hablaron como entonces, con el corazón en la mano, de su cariño, del Priorato, de Juan Tremor, aquel hombre tan bueno, del anciano padre, cuya alegría sería indescriptible al volverle á ver, de los Simón, de la *Bigornia*, que la quería como á hija, del herrero, que parecía atacado de incurable enfermedad moral, una melancolía tan grande, que ni el incesante trabajo, ni los cuidados de su mujer, ni la amistad de los vecinos podían aliviar siquiera. }

Hablaron también de la guerra, de los Souvray, que se habían portado como héroes y, en fin, de la princesa Cavalli, aquella singular criatura, altiva y valerosa, que los había libertado y puesto en seguridad, y que había desaparecido luego sin esperar siquiera á que le dieran las gracias.

Solange, al oír ese nombre, hizo un movimiento involuntario de sorpresa y de desconfianza.

La libertad del conde de Souvray, conseguida por la polaca en el momento preciso de su casamiento, la inquietaba.

Aquella mujer debía ser su enemiga.

Su intervención tenía algo de misteriosa amenaza.

La noche había cerrado por completo.

La luna, en cuarto creciente, se elevaba del lado de Chevagnes, iluminando los bosques con su pálido resplandor.

—Adiós, Román — dijo Solange, — es preciso que entre en mi casa.

Y le tendió de nuevo la frente, en la cual él volvió á estampar un respetuoso beso. Luego la vió alejarse hacia Gué-aux-Biches, y cuando la perdió de vista, emprendió el camino del Priorato, apresurando el paso.

Al igual de Solange, había recuperado algún valor.

Pero las ideas de uno y otro no eran las mismas.

Ella creía haberle dado el último adiós.

El esperaba que al fin fuera suya.

Desde que se incorporó al regimiento con los Souvray, cuando comenzó la guerra, la obligación de obedecer al superior, resultó para él una satisfacción.

El conde se encargó de levantar el ánimo de Román, que no tenía entonces más afán que uno: hacerse matar.

—Mientras Solange viva — le repetía á cada instante, — tened confianza. Os ama! Succederán cosas que os sorprenderán. Imitadme: yo lo he perdido todo... ¡y vivo!

Se dejó, pues, dirigir, y esperó.

Poco tardó en llegar al extremo del monte, y una vez allí se detuvo un instante.

A cien pasos de él estaba la plaza de Che-

vagnes, la entrada de la avenida del castillo, la iglesia, el Priorato, el presbiterio y una docena de casas edificadas alrededor.

De esta plaza, en donde se hallaban reunidos varios hombres y mujeres, salía un sordó murmullo.

XV

Quince jinetes se hallaban alineados delante del Priorato, con la tercerola al hombro, y montaban grandes caballos que parecían de cartón, por lo inmóviles.

Jamás habían visto en Chevagnes hombres como aquellos.

El morvanés, es, por lo general, rechoncho, como las liebres de sus montañas.

Los jinetes eran altos y robustos. Usaban barba; esta era roja y les tapaba la mitad del rostro. Llevaban casco de cuero, rematado por una punta de cobre.

Amplio abrigo de color oscuro les caía por la espalda y tapaba las botas, la silla y hasta la cola del caballo.

Este pequeño grupo era imponente.

Las gentes de Chevagnes miraban con más curiosidad y asombro que terror.

Un niño de doce años decía á su madre señalándoles con el dedo:

—¿Son esos los prusianos?

En torno del pelotón, entre los leñadores y labradores, se abría paso la indignación y la ira que inspiraban aquellos hombres.

Román se había detenido en la sombra, al pié de un árbol.

Su sangre fluía toda al cerebro. ¡Sabía quiénes eran aquellos militares! Los había visto aquella misma mañana. Él y los Souvray habían vencido á siete de ellos, pero quedaban más ¡demasiados! puesto que Chevagnes, aquel pueblo perdido entre abruptas montañas y espesos bosques, recibía la injuria de su visita.

¡Era el enemigo!

Y sin embargo, en toda la comarca vieron ninguno de ellos, ni en 1814, ni en 1815, ni nunca.

¿Qué iban ahora á hacer allí?

Habían preguntado por el alcalde, que no se apresuraba á presentarse, y ellos estaban ya impacientes.

Al fin apareció en el portal.

El alcalde no era otro que el viejo Tremor.

El jefe le dijo en correcto francés con marcado acento tudesco:

—¿Sois vos el alcalde?

—Sí.

—Tengo que hablaros.

Y sin esperar la respuesta, dió la brida de su caballo al soldado que se mantenía junto á él, y entró en la casa, acompañado del anciano.

Román presenciaba desde lejos esta escena.

¡No era tan solo en su pueblo en donde entraban, sino en su propia casa!

Dió una vuelta por la casa, evitando que le

vieron, pasó por delante de la fachada interior, á campo traviesa, se abrió un muro, y se deslizó en la casa paterna un minuto después de haber entrado en ella el jinete y el alcalde.

El dragón, sin esperar á que le brindaran asiento, lo tomó, é interpeló de esta suerte al respetable Tremor:

— Han matado á cinco de los nuestros esta mañana, cerca de un bosque llamado Champignolles.

— Lo ignoro.

— Según tengo entendido, los matadores son gente de este pueblo ó de sus cercanías. Les han visto dirigirse hácia aquí.

— ¿Cómo queréis que yo lo sepa?

— Luego, ¿no les conocéis?

— Y si los conociera no os los nombraría. El alemán no se alteró por esto.

— Es preciso hacer un escarmiento—dijo.

— Sois viejo, y debéis ser prudente. Tengo orden de que si dentro de dos días no se me entregan los culpables...

— No son culpables—contesió el alcalde;—son unos valientes que defienden su patria.

— El pueblo será incendiado. ¿Dónde pueden hospedarse 500 hombres?

— ¿De caballería?

— Y de infantería.

— Aquí es imposible.

— Pero hay un castillo—dijo el dragón.

— Sí, el castillo del marqués de Taunay.

— Un amigo de nuestro general. ¿Está aquí?

— Llegará dentro de dos días.

— ¿Dentro de dos días? ¿Estais seguro?

— Viene á casarse.

— Bien.

— Un consejo—dijo el alcalde al oficial cuando se levantaba.—Creedme; no permanezcáis en el cantón. Está muy amparado. No estaréis seguros.

El alemán se encogió de hombros.

— Más vigilancia hay en los Vosgos, y hemos pasado—repuso desdeñosamente.—En otro tiempo teniais ejército—añadió.

Y echó sobre la mesa una nota del general Von Gœben, concebida en estos términos:

«Se ordena al alcalde de Chevagnes; que prepare alojamiento para 500 jinetes 100 sacos de avena, 500 panes y 250 kilos de carne de puerco fresca y dos hectolitros de vino; todo esto para dos días.

»Firmado.

»GENERAL VON GŒBEN.»

Román, sin moverse, escuchaba la conversacion desde la habitación inmediata.

Su corazón latía fuertemente.

Pensó desde luego en arrojarse sobre el oficial y atravesarle el pecho con el cuchillo que aun llevaba, y después, hacer fuego contra los quince jinetes que estaban en la plaza.

Mas reflexionó en seguida que iban á llegar otros soldados, centenares de ellos quizás, como había anunciado el dragón, y que

ese sería el mejor momento para lavar el traje hecho á su morada.

Y mientras vacilaba acerca del partido que debía tomar, el alemán se despidió del alcalde, salió del Priorato, volvió á montar á caballo y después de dar categóricamente algunas órdenes á los de la escolta, se dispuso á partir.

Los quince jinetes dieron media vuelta, tomaron el camino de Chateau-Chinon, y en cuanto se hallaron á cien pasos de la plaza, pusieron los caballos al trote.

Román abrió la puerta de la habitación en que había estado oculto.

Cuando se presentó en el dintel, encontróse frente á frente de su padre, que permanecía inmóvil, de pié, frente á la chimenea.

El anciano palideció, y sin poder pronunciar una sola palabra, abrió los brazos á su hijo, que se precipitó en ellos.

Fué una alegría indecible la que reinó en la casa. Juan Tremor, y hasta el primo Chadonin, el carrero, que estaba ocioso por causa de la guerra, lloraban de satisfacción.

En un rincón, sin atreverse á salir de él, estaba Rosita, muy afligida por las amenazas del alemán.

Profesaba verdadero cariño á Román Tremor, una amistad sincera; pero amaba á su Brichet, y el regreso del uno hacía más dolorosa la ausencia del otro.

Román trató de consolarla lo mejor que pudo.

—No llores—dijo.—Ya ves que no se mue-

re uno. Y eso que hemos estado muy en peligro.

Para guardar el secreto, como tanto recomendaron los Souvray, no hubo necesidad de insistir acerca de la gente de la casa; todos eran reservados.

Leyó detenidamente la orden del general von Gœben acerca de su llegada y la matanza de los cinco prusinos y reflexinó acerca de su contenido.

Se preguntaba también por qué el oficial había adquirido tantos informes respecto del castillo del marqués de Taunay...

No sabía qué partido tomar.

De pronto pensó en el conde.

¿No era él quien debía decidir lo que convenía hacer?

Debía verle al día siguiente por la mañana, y hablarle de su proyecto, del proyecto por el cual la polaca acudió con tanta solitud como generosidad, en su auxilio.

La llegada de los dragones enemigos cambiaba la faz de las cosas.

—¿Podrás ir á Souvray?—preguntó de repente á su hermano.

—¿Esta noche?

—Ahora mismo.

—Si así lo quieres...—dijo Juan con indiferencia.—¿Crees que esos pillos volverán?

—¡Es posible!—exclamó Chadonin.

—Entonces—objetó uno de los vaqueros,—será preciso echarlos de aquí á fuerza de hachazos.

—¡Difícil lo veo!—replicó el cantero.

—Si vienen quinientos—opinó una vaquera,—no pueden ir más que al castillo.

El primo Chadonin apretó los labios y cerró los ojos.

—Engancha el carricoche—ordenó Juan Tremor á un criado.—Iremos Román y yo.

—Seremos tres—dijo el cantero levantándose.

—¿Quereis ser también de la partida, primo?—preguntó Juan.

—Ya lo creo.

Veinte minutos después, el *poncy* de color ceniciento galopaba en dirección á Souvray, llevando á los dos hermanos Tremor y al cantero.

Al llegar á lo alto del camino, el animal se resistió á seguir.

Muy lejos, en el fondo de las gargantas que forman aquellos caminos, á legua y media, poco más ó menos, en dirección á Chateau-Chinon, había estallado un gran tiroteo. He aquí lo sucedido:

Mientras que el oficial trataba con el alcalde, un hombre y una mujer hablaban en voz baja en un oscuro rincón de aquellos alrededores.

—Ya te he dicho que quiero—repetía el hombre.—Son 15. Van á volver. Es una vergüenza...

Y pataleaba de ira.

Ese hombre era Simón, que parecía una fiera.

—¡No tendríamos sangre en las venas si les dejásemos pasear tranquilamente por aquí!

Los teutones habían profanado su bosque, su territorio. Era un insulto á las gentes de Chevagnes; insulto recibido en pleno rostro. No había más remedio que borrarlo.

Simón no comprendía más que eso.

Y en aquella oscuridad oprimía el fusil contra el pecho.

—¡Yo haré que bajen del caballo uno tras otro, ó dos á cada golpe!—decía á la *Bigornia*, que procuraba detenerle y aplacarle.

¡Si al menos estuviera allí Fargeas!; pero se había retirado ya á su casa, bien ajeno de aquella invasión, tan prontamente llevada á cabo, que nadie estaba preparado para recibir al enemigo.

—Te lo suplico—decía la mujer,—no causes desgracias.

—Tanto peor—gruñía él,—es superior á mí. Es preciso que la paguen.

—Y haciendo un esfuerzo se desprendió de los brazos de su mujer y echó á andar.

—¿Vas por fin?—preguntó ella.

—Sí.

—Espera un segundo. Te sigo.

Entró en casa de un zapatero, que en aquel momento estaba hablando con otros en la plaza, impresionado por los sucesos y dispuesto á llevar á cabo uno de esos planes que, por lo formidables, jamás resultan.

La mujer estaba en la tienda, cerca de una estufa, y tenía en brazos un niño de seis meses al cual amantaba. Otro, de dos años, hallábase junto á ella, en el suelo y llorando.

—Préstame la escopeta de Vicente—dijo la Simona.

La pobre mujer no deseaba otra cosa. La había ya escondido en el último rincón de la casa.

—¿Es para hacer fuego contra los prusianos?—preguntó.

—Es posible.

—Me felicitaré de que sirva para eso, dijo la zapatera;—pero no en manos de Vicente. ¡Un hombre que tiene dos hijos tan pequeños!... ¡Si pensará en hacerse matar!...

La Simona tomó á toda prisa el fusil, las municiones, el frasco de pólvora, la bocina y las cápsulas.

—Llévaoelo todo—dijo la zapatera.—Vicente tampoco tendrá inconveniente. El habla mucho; pero se me figura que todo ha de quedar en palabras...

La *Bigornia* fué á reunirse con su marido.

Se deslizaron en seguida como sombras, y, una vez en el campo, echaron á correr.

En dos minutos llegaron al bosque.

No tuvieron necesidad de hablarse.

Simón había dicho:

—Van á pasar en dirección á Chateau-Chinon, á una legua de aquí.

Después de un penoso trayecto, pues el camino era muy accidentado, Simón se detuvo, y extendiendo los brazos, dijo á su mujer:

—Escucha.

Se hallaban en lo alto de una pequeña colina, junto á la *Encina hueca*. Este árbol de

tronco nudoso y corto, en el cual la vejez había abierto ancha brecha, parecía el centinela que guardaba aquel camino.

A cierta distancia se oía ruido como de pisadas de caballos y el golpear de los sables en las botas de los jinetes.

La pendiente era estrecha como un desfiladero; la tropa llevaba los caballos al paso é iba á la deshilada.

Simón preparó la escopeta. Imitóle su mujer.

Bajaron la cuesta y se apostaron.

El se enjugó la sudorosa frente y tiró el sombrero en medio del camino.

—Hemos llegado á tiempo—dijo.—Vas á ver, Simona, cómo deben ser recibidos esos infames. ¿Estás preparada?

El sombrero se destacaba en medio del camino.

No tardaron en aparecer dos voluminosas sombras.

Otras las seguían á distancia.

Era un extraño espectáculo el ver á aquellos quince hombres, perdidos á través de los bosques, á doscientas leguas de su patria y en un pueblo que pretendían esclavizar.

Necesitaban mucha osadía y mucha disciplina para emprender aquella marcha, en medio de la noche, á merced de las balas del primer francés que quisiera disparárselas, con todas las ventajas de su parte por conocer el país.

De súbito, los dos caballos que iban delante hicieron un brusco movimiento y recularon.

Los había espantado el sombrero de Simón.

Los ginetes, apoyados en los estribos se irguieron.

Simón apuntó.

Su mujer le detuvo.

—Déjame á mí—le dijo al oído.

Sonó una sola detonación, seca y breve, cuyo resplandor se perdió entre la niebla y los juncos del estanque.

Los dos caballos salieron á escape, llevando dos hombres heridos de muerte á través del bosque, ó más bien del estanque, que saltaron.

La *Bigornia* volvió á cargar el sin perder un minuto.

El pelotón de ginetes se había detenido á treinta pasos, no sabiendo si avanzar ó retroceder, ni con quién tenían que luchar.

Los lastimeros gritos que partían del estanque les decidieron á avanzar.

El que los exhalaba era uno de los dragones, gravemente herido, que pedía socorro y que además se ahogaba.

El otro había caído muerto.

Oculto entre la arboleda, Simón esperaba á que pasara el pelotón.

Cuando se hallaron á veinte pasos, hizo fuego nuevamente.

Dos hombres cayeron en tierra.

Mientras ponía otros cartuchos, la *Bigornia* tiró á su vez; esto produjo un gran desorden entre los dragones.

Algunos contestaron disparando, sin saber á donde.

Las balás se perdían en el bosque, cortaban las ramas ó se incrustaban en el tronco de los árboles.

Simón, en cambio, no erraba un tiro. A cada disparo caía un hombre.

Ella volvió á cargar su arma, sin perder momento, por última vez.

Cuando terminó no quedaba un ginete en el caballo.

Pero se oían voces desesperadas que partían del estanque.

El resto de la tropa, creyendo orientarse, había saltado por los juncos y consiguiendo tan solo sepultarse en el lodo.

Aquel trecho quedó cubierto de muertos y de heridos.

Tan solo dos ó tres dragones, más afortunados que los otros, no se detuvieron ante el sombrero, é hincando las espuelas, galopaban á todo escape en dirección á Chateau-Chinón.

¡Los otros ya no volverían á su país!

La Simona y su marido corrieron al borde del estanque.

Una vez allí fusilaron á los extraviados, disparando entre la bruma con igual seguridad que si hubieran estado cazando á las doce del día.

Cuando dieron por terminada su tarea y no se oía nada, Simón limpió la escopeta y se la echó á la espalda, con la misma tranquilidad que el cazador cuando regresa á su casa.

—Ven—dijo á la Simona.—Mañana, de día, ya verán lo que ha sucedido.

Y muy sosegadamente, emprendieron el camino hacia la fragua.

No bien dieron unos pasos, volvióse él á su mujer y la abrazó.

—Tienes un corazón muy grande—dijo;— jamás me has abandonado en el peligro. Es una hermosa acción. ¡Qué distinta de la otra!

Ella, poniéndole la mano en la boca, le dijo:

—Calla, y no pienses más en eso.

—¡No lo puedo remediar.

El lejano rúido de los disparos, congregó á los habitantes en la plaza de la iglesia.

La mujer del zapatero dijo:

—Son los Simón, que se divierten.

Cuando entraron en la fragua, preguntó la Simona:

—¿Y si vienen más?

—Volveremos á empezar hasta acabar con ellos.

—¿Y si quieren prendernos?

—Ya sabes que eso no puede ser. ¡El bosque es muy grande; y además, esa es la guerra! Duérmete.

La luna, en cuarto creciente, se ocultó detrás de los montes del Morvan.

Los Simón no necesitaban ya de su resplandor.

XVI

El castillo de los Souvray estaba rodeado de fuentes.

Así se edificaban en otro tiempo las viviendas de los nobles y de los ricachos.

La casa respiraba por sus cuatro costados, bienestar, orden y nobleza.

El guardián, un criado de cabellos grises, que la habitaba sólo con su mujer, hacía cinco meses, pues los demás servidores ocupaban el otro extremo, se vió grandemente sorprendido, á la caída de la tarde, cuando oyó que alguien entraba por el puente.

—*Jacqueline*—dijo á su mujer,—entérate de quién viene. El perro no ladra. Debe ser gente de casa.

La mujer dió un grito en cuanto abrió la puerta.

Eran sus señores.

Iba á llamar á sus compañeros para que todos participaran de su alegría; pero Hugo se lo impidió.

Ya habría tiempo más tarde de advertirles. Por el momento, tenía que hablar con ellos.

La mujer encendió las velas; el guarda avivó el fuego de la inmensa chimenea, en tanto que el conde y su hermano subían á sus respectivas habitaciones á mudarse de ropa.

Cuando los dos hermanos bajaron, vestidos con trajes de terciopelo, negro uno de ellos, y marrón el otro, con polainas como para una expedición, llevaban además buensacarabinas, que colocaron á su alcance, preparadas para cualquier sorpresa.

El guarda observó alarmado todos estos preparativos.